

TERCER PUNTO.

Dios mio, ¡qué dichosos seríamos nosotros si como estamos despojados del hábito ignominioso del siglo, á fin de vestirnos de la santa sotana, nosotros estuviésemos al mismo tiempo despojados del hombre viejo y revestidos del nuevo! ¡Oh mi Jesús, hacenos comprender bien todas las ventajas de este cambio, para que estando revestidos de vuestro espíritu, de vuestras virtudes y de Vós mismo, nosotros mostremos por nuestras costumbres todo lo que significa nuestro santo hábito, segun aquellas palabras que la Iglesia nos dice cuando nos lo da: *Induat te Dominus novum hominem, qui secundum Deum creatus est in justitia et sanctitate veritatis.*

DE LA ORACION.

PRIMER EXÁMEN.

De la estima y del amor que á ella se ha de tener.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor Jesucristo, perfecto adorador de su Padre, representándole sus deberes en la oracion, y poniendo todas sus delicias en este santo ejercicio. El no le podía suplicar en la eterni-

dad, porque le era igual en todas las cosas: El se abate en el tiempo y se hace hombre, para poderle rendir esta suerte de homenaje. Admiramos el celo con que lo hace; desde el primer momento que está sobre la tierra El ora, y El persevera en orar toda su vida, y quiere del mismo modo despues de su muerte residir en nuestros altares y en el cielo en estado de suplicante delante de su Padre: *Ut appareat vultui Dei pro nobis.* (Hebr. ix, 24). ¡Qué homenajes no debemos rendirle bajo este concepto!

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos cuál es nuestra estimacion y nuestro afecto por la oracion.

¿La apreciamos como un ejercicio digno de los Angeles y como un favor insigne que Dios nos hace de sufrirnos en su presencia y de honrarnos con su conversacion?

¿La tomamos como un recurso en nuestras tentaciones, en nuestras penas y en nuestras enfermedades, como asilo seguro, remedio soberano y origen fecundo de toda suerte de bienes? Y en tal virtud, ¿vamos nosotros con gozo á la oracion, y sentimos pena cuando por algun motivo hemos sido obligados á suprimirla?

¿Somos nosotros contentos de prolongarla cuando se presenta la ocasion, y aun

hemos para esto demandado permiso algunas veces?

¿La hemos conceptuado con los Santos como el alimento y el pasto del alma; y cuando no hemos podido hacerla con la Comunidad ó á la hora ordinaria, hemos tenido cuidado de reponerla en otro tiempo, segun ellos así nos lo aconsejan?

Fuera del tiempo que nos es señalado para la oracion, ¿hemos seguido el consejo del Apóstol, que nos recomienda hacer todas nuestras acciones con espíritu de oracion; es decir, con elevacion del corazon á Dios, en su santa presencia y con la mira de complacerle?

En lugar de practicar con amor este santo ejercicio, ¿no lo hemos hecho por temor, por humano respeto, ó solamente por seguir el órden de la Comunidad?

¿Hemos diferido algunos momentos para hacerla, por pereza, por desgana ó por atender á otras ocupaciones; y cuando la hemos hecho en seguida no ha sido con extrema negligencia?

¿No somos nosotros del número de aquellos que, no hallando ninguna dificultad en perder la mejor parte de su tiempo en discursos vanos é inútiles, aparentan echar de menos el poco tiempo que dan á la oracion?

¿Hemos comprendido bien que la obligacion de estudiar no nos dispensa de la

oracion; y que tenemos más necesidad de meditar y masticar las verdades cristianas para practicarlas, que de aprenderlas é instruirnos para enseñarlas?

Cuando hemos faltado á la práctica de nuestra oracion ¿no hemos tomado por excusa la multitud de nuestras ocupaciones; como si la oracion no fuese la ocupacion más importante y la más capaz de atraer las bendiciones de Dios sobre todas las otras?

En fin, ¿hemos creído que un tiempo de oracion tan arreglado está bien para las gentes de Comunidad; y no hemos de antemano concebido el pensamiento de abandonar este ejercicio en todo ó al menos en parte, tan luego como dejemos el seminario ó nos establezcamos en un destino, desnudándonos así de las armas más fuertes para el combate?

TERCER PUNTO.

No me admiro ya, oh mi Dios, de hallarme tan pobre y tan desnudo de virtud, tan débil en las tentaciones, tan frio en mis ejercicios, siendo así que amo tan poco la oracion, y que soy tan infiel para tributaros en ella mis deberes y recurrir en mis necesidades. Basta, oh mi Señor, basta; ya es tiempo de no ser más negligente para esta santa práctica, despues del ejemplo que Vos me dais, despues de las solicita-

ciones que me haceis, despues de las recompensas que prometeis. *Usque modo non petistis quidquam... petite et accipietis.* (Joan. xvi, 24).

## SEGUNDO EXÁMEN.

Cómo se ha de preparar.

### PRIMER PUNTO.

Adoremos la bondad infinita de Dios, que por el gran deseo que tiene de comunicarse á nosotros en la oracion, nos exhorta El mismo á preparar nuestra alma, á fin de que se ponga en estado de recibir sus gracias (1). El las hace afluir con un amor extremo y las esparce con profusion sobre todos los que procuran la preparacion que El demanda; mas del mismo modo El las rehusa con justicia á las almas presuntuosas que le tientan, persuadiéndose que sin prepararse pueden obtener buen éxito de la oracion. Adoremos esta bondad; pero temamos esta justicia.

### SEGUNDO PUNTO.

Examinemos con qué cuidado nos preparamos á la oracion.

¿Somos nosotros fieles para separar todo

(1) Ante orationem præpara animam tuam, et noli esse quasi homo qui tentat Deum. (*Eccli.* xviii, 23).

lo que nos puede impedir hacerla bien? ¿Hemos cuidado de purificar nuestra conciencia, de mortificar nuestras pasiones, de reprimir la curiosidad de nuestro espíritu y la ligereza de nuestra imaginacion?

¿No hemos, por el contrario, dado una entera libertad á nuestro humor, segun sus caprichos, en todo encuentro; á nuestra propia voluntad, no rehusándola nada de lo que ella desea, á nuestros sentidos, dejándolos evaporar á todos los objetos?

¿No nos hemos recreado y entretenido de novedades y de noticias, ó no hemos pasado una gran parte de nuestro tiempo en discursos vanos y seculares que no sirven sino para distraer?

¿Amamos nosotros el retiro, el recogimiento y el silencio tan necesarios para la oracion?

¿Los observamos rigurosamente á la noche, despues de dársenos ó de leer la materia de la oracion, hasta que la hayamos hecho el dia siguiente; y remitimos á otro tiempo la lectura de cartas y toda suerte de entretenimientos que nos pudieran ser objeto de distracciones?

¿Escuchamos ó leemos con atencion los puntos de la oracion? ¿No nos ha sucedido algunas veces que nos hemos dejado ganar por el sueño por hacerla sentados ó en postura demasiado cómoda? ¿Nos ocupamos de la materia propuesta á la noche

al acostarnos, y la repasamos aún en nuestro espíritu á la mañana al levantarnos?

En fin, ¿tenemos un gran cuidado de aprender el método de la oracion, de instruirnos en las reglas para hacerla bien, de proponer nuestras dificultades y de seguir simplemente los consejos que nos dan? *Quis orationis modus? Quot quibusve partibus illa constet? Quae regula preparatio- nis, et cetera ejusdem generis?* (Conc. Mediol. V, tit. de Ratione examinandi).

TERCER PUNTO.

Dios mio, pues que Vos mismo nos enseñais por vuestros labios que es tentaros ir á la oracion sin estar preparado, pues que sabemos por nuestra propia experiencia que la falta de esta preparacion es de ordinario el origen de las distracciones y de las inquietudes que en ella experimentamos, y que los Santos nos advierten que de la buena ó de la mala preparacion depende el buen ó mal suceso de la oracion; hacednos la gracia de que jamás nos presentemos á Vos para practicarla sin estar bien preparados: *Quales orantes volumus inveniri, tales nos ante orationis tempus preparare debemus. Ex precedenti enim statu mens in supplicatione formatur.* (S. Clim.).

EXAMEN TERCERO.

De la preparacion, que viene á ser la primera parte de la oracion.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor Jesucristo, que ora á su Padre de rodillas y prostrado contra la tierra: *Positis genibus orabat.* (Luc. xxii, 41). *Procidit in faciem suam orans.* (Matth. xxvi, 39). Considerémosle atentamente en esta postura humilde, y adoremos su soberano respeto y su profundo anonadamiento delante la Majestad divina. ¡Qué motivo de confusion para nosotros, que no siendo más que polvo, nada y pecado, nos aprovechamos tan poco aún en presencia de su ejemplo!

SÉGUNDO PUNTO.

La primera parte de la oracion, que es la preparacion, consiste en representarse en la presencia de Dios, en unirse á Jesucristo é invocar el Espíritu Santo. Examinemos cómo lo practicamos nosotros.

1. ¿De qué manera nos ponemos en la presencia de Dios?

¿Tratamos de animar nuestra fe sobre la verdad de esta divina presencia?

¿Pensamos seriamente en lo que vamos á hacer y en la grandeza de Aquel con quien vamos á hablar?

¿Nos ponemos de rodillas con grandes sentimientos de religion, y nos armamos con confianza del signo de la cruz contra los ataques del enemigo?

¿Adoramos la majestad de Dios con todo el respeto y anonadamiento que nos es posible?

2. ¿Cómo nos unimos á nuestro Señor Jesucristo?

¿Nos juzgamos indignos, como criaturas y como pecadores, de parecer delante de Dios, y haciendo una confesion sincera estamos en su presencia totalmente cubiertos de vergüenza y de confusion?

¿Hemos tenido cuidado de purificar nuestra alma por un acto de contricion y de ponernos en estado de atraer sus gracias, que El no rehusa jamás á los corazones contritos y humillados?

¿Tratamos en seguida de unirnos á Jesucristo deseando orar como El, con El y por El; de estar revestidos de sus méritos, de su espíritu y de su persona; de no solicitar nada que no sea á su nombre, y de no parecer delante de su Padre sino como un otro El mismo?

3. ¿Cómo invocamos al Espíritu Santo?  
¿Estamos persuadidos que de nosotros mismos ni aún sabemos hacer oracion, ni formar un solo deseo bueno, ni concebir un solo pensamiento bueno?

Segun esto, ¿somos fieles para renunciar

á nuestras propias luces y é nuestro propio espíritu, que está lleno de ceguedad y de error, y detestamos su orgullo, su curiosidad y sus extravíos?

¿Invocamos humildemente al santo Espíritu á fin de que El venga á suplicar en nosotros, y nos libre de nuestras tinieblas y de nuestras languideces?

En fin, para obtener todas estas gracias, ¿nos acogemos á la intercesion de la santísima Virgen, de nuestro Angel custodio y de los Santos á quienes profesamos particular devocion?

TERCER PUNTO.

Dios mio, que no escuchais sino á los que se presentan delante de Vos revestidos de vuestro Hijo, y que os piden en su nombre y por el movimiento de su Espíritu, hacedme la gracia de no presentarme jamás en vuestra presencia en la oracion sin estar unido á El y á su divino Espíritu; á fin de encontrarme por su union en estado de ser siempre escuchado favorablemente en mis peticiones, y que yo pueda ser contado en el número de aquellos que os adoran en espíritu y en verdad, y que son los que solamente Vos reconocéis por vuestros verdaderos adoradores. *Eos qui adorant Patrem in spiritu et veritate (id est, in Filio et Spiritu Sancto oportet adorare) nam et Pater tales quærit.* (S. Nil. cap. de Orat. 55).

## CUARTO EXAMEN.

Del primer punto del cuerpo de la oracion.

### PUNTO PRIMERO.

Adoremos á nuestro Señor Jesucristo, como el centro de la Religion y el trono de Dios, donde el Padre eterno está colocado para reconciliarse con el mundo: *Deus erat in Christo mundum reconcilians sibi.* (II Corinth. v) (1). Allí se complace de recibir nuestros homenajes; allí acuerda las gracias que se le piden (2), y allí nos colma de sus grandes bendiciones. *Benedixit nos in omni benedictione spirituali in Christo.* ¡Qué dichosos somos nosotros, y cuán dulce estar así obligados á recurrir á Jesús! Rindamos por esto mil gracias á su Padre.

### SEGUNDO PUNTO.

El cuerpo de la oracion, que es la segunda parte, tiene tres puntos. El primero consiste en considerar á nuestro Señor Jesucristo con relacion á la materia que tomamos para meditar, y á tributarle en seguida nuestros principales deberes. Examinemos cómo lo hemos ejecutado nosotros.

1. ¿Somos fieles en fijar desde luego la

(1) Ipsi gloria in Christo Jesu omnes generationes. (*Eph.* III, 21).

(2) Deus in Christo donavit omnia. (*Eph.* I, 3).

vista sobre este divino Salvador, y consideramos con una atencion seria y profundo respeto sus acciones, sus palabras, sus sentimientos, con relacion á la materia sobre la que debemos hacer oracion?

*In Christo præcipue considerationis obtutus fige, mores ejus observa, eloquia meditare.* (S. Laur. Justin.).

¿No pasamos nosotros demasiado ligeramente sobre este punto, por no estar bastante instruidos de los pormenores de la vida de nuestro Señor, y por no haber suficientemente remarcado lo que acerca de esto nos refiere la Escritura santa?

1. Despues de haber fijado la vista sobre este divino Señor, ¿le tributamos los grandes deberes que san Agustin tanto nos recomienda y que nuestro método nos marca?

*Adoramus, admiremur, laudemus, amemus, gratias illi agamus, gratulemur.* (S. Aug. ser. 35, de Sanctis).

2. ¿Le adoramos nosotros y nos humillamos en su presencia tanto cuanto debemos, á vista de sus grandezas y de nuestra nada?

¿Le admiramos y nos dejamos llevar de toda la sorpresa y asombro con que el alma debe estar enajenada en la consideracion de tantas perfecciones que ella no puede comprender, y de tantas bellezas que la sacan fuera de sí misma y que la arrebatan?

3. ¿Le alabamos publicando altamente sus grandezas, excitando todas nuestras potencias á venir, é invitando á todas las criaturas á unirse con nosotros para rendirle este homenaje?

4. ¿Le amamos nosotros y se enterece nuestra alma sobre sus bondades, y nuestro corazon no tiene otro anhelo que el de agradarle?

5. ¿Le damos gracias, y somos fieles á testificárselo con los sentimientos de un corazon perfectamente reconocido, cuánto le somos deudores por todos sus beneficios?

6. ¿Le congratulamos, regocijándonos de que sea infinitamente perfecto, y estando encantados de ver que posee todos los tesoros de la ciencia y de la sabiduría, y la plenitud de la misma divinidad?

7. Cuando meditamos cualquiera de sus misterios dolorosos, ¿compadecemos nosotros sus penas y entramos en participacion de sus sufrimientos?

En fin, ¿hemos aprovechado el consejo que nos dan los maestros de la vida espiritual de no entregarnos de tal suerte á estos actos, que intentemos formarlos todos, en el momento mismo que Dios nos da un atractivo particular por alguno de ellos, el cual puede ocuparnos suficientemente en la oracion?

TERCER PUNTO.

Dios mio, Vos nos destinais á ser las imágenes de vuestro Hijo; Vos quereis que sus acciones vengan á ser la regla de las nuestras; y es preciso, por consiguiente, que nosotros nos iniciemos en la práctica de todas, y particularmente en la oracion, que es la más importante, para fijar los ojos con un profundo respeto sobre este divino Modelo. Hacednos esta gracia, oh Dios mio, á fin de que como están remarcados en El todos los rasgos de las virtudes que nos proponemos imitar, nos elevemos al estado de reproducirlas en nosotros por amor y por la práctica de estas mismas virtudes. *Ut ad ejus similitudinem per imitationem virtutis reformemur.* (S. Bonavent.).

QUINTO EXÁMEN.

Segundo punto del cuerpo de la oracion.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor Jesucristo, que por un amor inefable, habiéndonos llamado al Cristianismo para asociarnos á El en calidad de miembros vivientes y animados de su espíritu, desea que entremos en todas sus disposiciones y que seamos penetrados de sus mismos sentimientos: *Hoc*

*sentite in vobis, quod et in Christo Jesu.* (Philip. II). ¡Qué honor el de poder secundar estos deseos, y de mostrarnos fieles á una vocacion tan santa! Tratemos de atraer á nosotros esta gracia, rindiéndole al presente nuestros deberes.

SEGUNDO PUNTO.

Tres cosas tenemos que hacer en el segundo punto de nuestra oracion: 1. Convencernos de que lo que hemos considerado en nuestro Señor en el primer punto, es de grande importancia. 2. Que de esta consideracion tenemos grande necesidad. 3. Pedir á Dios con fervor el auxilio necesario: hé aquí lo que debemos hacer en el segundo punto del cuerpo de la oracion. Examinemos si nosotros hemos estado fieles en esto.

1. Para convencernos de esta importancia, ¿hemos examinado bien las razones y lo profundo de los motivos que se nos han marcado cuando se nos ha dado ó hemos tomado la materia de la oracion? ¿No los hemos pasado ligeramente bajo el pretexto de tener poco atractivo sensible para la virtud ó para la verdad que meditamos, ó por lo menos que esto no ofrecia obstáculo y seria inútil el que nos detuviésemos en ello por más largo tiempo?

Y cuando nos hemos detenido en esto, ¿ha sido sin esfuerzo, sin hacer gran vio-

lencia á nuestra imaginacion; con simplicidad, sin razonar demasiado; con fe, apoyando nuestros razonamientos sobre el Evangelio; con devocion, sirviéndonos de tiempo en tiempo de aspiraciones santas, de palabras afectuosas?

En lugar de ocuparnos de algunas consideraciones que tendiesen á la práctica de las virtudes y á la reforma de nuestras costumbres, ¿no nos hemos entretenido con vanos razonamientos y especulaciones sutiles, que no sirven sino para ilusionar la imaginacion y contentar la vanidad, ó que son más propias para un tiempo de estudio que para el de la oracion?

2. ¿Hemos dado toda la aplicacion que era necesaria para conocer bien la necesidad que tenemos de abrazarnos con la virtud ó con la verdad sobre la cual meditamos?

¿Hemos hecho bastantes reflexiones sobre nosotros mismos, para remarcar las faltas que hemos cometido sobre esta materia, y para descubrir su origen?

¿Hemos tenido dolor de encontrarnos tan poco conformes con Jesucristo, y nos hemos confundido de estar tan distantes de sus sentimientos?

¿Hemos deseado ardientemente esta conformidad con nuestro Señor, y hemos pedido con instancia el ser llenos de la virtud de la verdad que hemos considerado en El?

Nuestra demanda para esto ¿ha sido acom-

pañada de confianza, de humildad y de perseverancia?

En fin, para ser escuchados en nuestras súplicas ¿hemos recurrido á los méritos de nuestro Señor, á la intercesion de la santísima Vírgen, de san José, de los santos Angeles y de nuestros santos Patronos?

TERCER PUNTO.

Adorable Jesús, pues que no es sino en presencia de vuestra luz que nosotros podemos convencernos de las verdades que meditamos, conocer á fondo nuestras infidelidades y humildemente exponeros nuestras necesidades; derramad, si os place, en nuestros corazones la santidad de vuestras luces; á fin de que estando plenamente convencidos de estas verdades, nos prestemos fieles á practicarlas y arreglar sobre ellas toda nuestra conducta: *Ut tuam cognoscentes veritatem, dignis eam moribus assequamur, et implere caelesti inspiratione valeamus.* (Ex orat. Eccl.).

SEXTO EXÁMEN.

Del tercer punto del cuerpo de la oracion.

PRIMER PUNTO.

Adoremos la fuerza y el valor con que nuestro Señor se sostiene en las grandes resoluciones que ha tomado y llevado á su

perfeccion por la gloria de su Padre. El se propone emplear toda su vida en su servicio, padecer en las abyecciones y los sufrimientos, y perderla en medio de las ignominias de la cruz, y nada hay en el mundo que pueda disuadirlo. El supera todas las dificultades que se presentan; los temores y los terrores no debilitan nada su constancia, y sea lo que fuere lo que haya de sufrir, todo lo que el furor de los hombres y la rabia de los demonios pueden inventar contra El de más cruel, El para sufrirlo no quiere suspender ni diferir un solo momento la resolucion tomada. ¡Qué motivo (despues de un tal ejemplo) para nuestra confusion de ser tan débiles y tan inconstantes en las resoluciones que nosotros tomamos!

SEGUNDO PUNTO.

El tercer punto del cuerpo de la oracion consiste en tomar buenas resoluciones. Examinemos cómo nos comportamos en este punto importante.

¿No hemos hecho muchas veces nuestra oracion sin tomar en ella resolucion alguna?

¿No nos hemos contentado algunas veces con las que son puramente especulativas, que nos lisonjean agradablemente por su ostentacion, y que son más propias para contentar nuestra imaginacion que para reformar nuestras costumbres?

Entre las resoluciones que tienden á la práctica ¿nos hemos detenido principalmente en las que son más útiles, y las hemos preferido á las otras?

Nuestras más firmes resoluciones, ¿no son tal vez sino simples veleidades y de aquellos ineficaces deseos de que está lleno el infierno, y que jamás han convertido un pecador, y que no sirven sino para sofocar los remordimientos de la conciencia y nunca para santificar á nadie?

1. Las resoluciones tomadas, ¿son humildes, acompañadas de la desconfianza de nosotros mismos y de la confianza en Dios?

2. ¿Son ellas animosas, deseando nosotros tener á la mano ocasion de ejecutarlas, á expensas de cualquier costo y de cualquier sacrificio?

3. ¿Son ellas particulares, y prevemos desde luego hasta el lugar, el tiempo y la manera de mostrarnos fieles en su ejecución?

4. ¿Son ellas presentes y de tal naturaleza que puedan ser ejecutadas, si es posible, en el mismo dia con el temor de que difiriéndolas más largo tiempo perdamos las ocasiones y las olvidemos?

TERCER PUNTO.

Dios mio, pues que los pensamientos áun los más santos que pueden concebirse en la oracion vienen á ser inútiles, si no están

acompañados de buenas resoluciones, y las mejores resoluciones si no son seguidas de sus efectos no sirven sino para hacernos más culpables delante de Vos; haced por vuestra gracia que nosotros nos empeñemos siempre en hacerlas efectivas, y no permitais que nosotros incurramos en la desgracia de esas almas negligentes y perezosas que pasan toda la vida en simples y estériles deseos, y que áun lo bueno que pueden hacer jamás las pondrá á cubierto de vuestra cólera. *Desideria occidunt pigrum: noluerunt enim quidquam manus ejus operari.* (Prov. XXI, 25).

SÉPTIMO EXÁMEN.

De la tercera parte de la oracion, que se llama la conclusion.

PRIMER PUNTO.

Adoremos al Espíritu divino derramado en los Santos, y enseñándonos por sus labios que no son los comienzos sino el fin lo que corona las buenas obras de los cristianos: *Non querentur in christianis initia, sed finis.* (S. Hier. Ep. 20 ad Fur.). Consideremos con atencion que el Espíritu Santo nos confirma en términos expresos esta verdad en favor de la oracion, para marcarnos el cuidado que debemos poner para concluirla y finalizarla bien: *Melior*